Noviembre – Figura misionera del mes – San Martín de Tours

Compartir el propio manto.
Historia, espiritualidad y actualidad de un obispo misionero

Figura misionera del mes
MARTÍN DE TOURS
Misión y santidad

En octubre inauguramos una nueva sección para dar a conocer cada mes a los lectores del blog una figura de la historia de la misión. No se trata de hacer «arqueología» de la misión, sino de redescubrir, a través de estos testimonios, lo que todavía hoy puede **reavivar en nosotros la llama misionera**.

El mes pasado recordamos a la misionera comboniana Teresa Grigolini en el 95.º aniversario de su muerte, ocurrida el 21 de octubre de 1931. Su trayectoria es singular en la historia de la misión. Fue **religiosa, esposa y madre**, y conoció el sufrimiento en cada una de estas tres experiencias. Su vida puede releerse a la luz de un triple martirio.

En noviembre nos acercamos a san Martín de Tours, cuya fiesta celebra la Iglesia el 11 de noviembre. El gesto de compartir su manto con un pobre nos ofrece una clave para releer la historia y la espiritualidad de este obispo misionero. Y nos plantea una pregunta que también nos concierne. ¿Qué significa hoy «compartir el propio manto» para una Iglesia que quiere ser verdaderamente una Iglesia en salida?

Introducción. Un santo para una Iglesia misionera

San Martín de Tours (hacia 316/317–397) es una de las figuras más originales e influyentes del cristianismo occidental antiguo. Soldado, catecúmeno, monje, obispo y evangelizador, vivió uno de los períodos de mayor transformación en la historia de la Iglesia: el paso de la época de las persecuciones a la del reconocimiento público del cristianismo en el Imperio romano.

Su trayectoria personal refleja ese cambio, pero introduce también una novedad. En un tiempo en que la Iglesia ganaba prestigio e influencia social, Martín eligió la pobreza, la sencillez evangélica, la vida comunitaria y la cercanía a la gente. Al convertirse en obispo, no abandonó el ideal monástico, sino que lo convirtió en el fundamento de su labor pastoral.

Su vida muestra una singular unidad entre contemplación y misión, oración y compromiso social, anuncio del Evangelio y atención a los pobres. Más de dieciséis siglos después, su testimonio conserva una sorprendente actualidad para una Iglesia llamada a renovar su presencia misionera en el mundo.

Entre la historia y la hagiografía

Conocemos a Martín sobre todo gracias a Sulpicio Severo, escritor cristiano contemporáneo suyo, que compuso la *Vita Martini* hacia el año 396, cuando el santo aún vivía. A esta primera biografía se suman los *Diálogos*, algunas cartas y otros escritos del mismo autor. Más tarde, Gregorio de Tours y Venancio Fortunato contribuyeron a difundir su memoria.

Son testimonios valiosos, pero requieren una lectura atenta. Sulpicio no escribe una biografía según los criterios de la historiografía moderna. Quiere presentar un modelo de santidad cristiana y para ello narra hechos históricos junto con milagros, visiones y episodios edificantes.

Tras el lenguaje hagiográfico emerge, sin embargo, una figura histórica bien reconocible: un hombre de profunda espiritualidad, capaz de tomar iniciativas originales, protagonista de la difusión del cristianismo en las zonas rurales de la Galia y testigo de una nueva forma de ejercer la autoridad eclesial.

1. Entre el Imperio romano y la Galia cristiana

Martín nace en Sabaria, en la antigua Panonia, la actual Szombathely, en Hungría. Su padre es oficial del ejército romano. La familia se traslada a Ticinum, la actual Pavía, donde el joven Martín crece en un ambiente todavía mayoritariamente pagano, aunque pronto entra en contacto con el cristianismo.

El mundo en el que vive cambia con rapidez. Tras el reconocimiento de la libertad de culto en el año 313, la Iglesia abandona progresivamente su condición de minoría perseguida y adquiere un papel cada vez mayor en la sociedad imperial. Se multiplican las comunidades cristianas, se consolida la organización episcopal y surgen intensas controversias teológicas, sobre todo en torno al arrianismo y a la divinidad de Cristo.

Sin embargo, el cristianismo sigue siendo una realidad principalmente urbana. En el campo, especialmente en la Galia, perduran los cultos y las tradiciones religiosas del mundo galorromano. En esas zonas la presencia cristiana sigue siendo desigual y la evangelización encuentra dificultades particulares.

La carrera militar lleva a Martín a Amiens, en la Galia, donde la tradición sitúa el célebre episodio del manto. Tras el bautismo y su salida del ejército, se acerca a Hilario, obispo de Poitiers, uno de los más autorizados defensores de la fe nicena. En los años siguientes vuelve a recorrer Panonia e Italia, donde vive también períodos de retiro y búsqueda ascética.

Hacia el año 361 se establece en Ligugé, cerca de Poitiers, donde pone en marcha una de las primeras experiencias monásticas documentadas del Occidente latino. En 371 es elegido obispo de Tours, ciudad del valle del Loira que se convertirá en el centro de su labor pastoral y misionera.

Su vida termina en el año 397 en Candes, adonde había ido para resolver un conflicto en el seno de una comunidad eclesial. Su cuerpo es trasladado a Tours y sepultado el 11 de noviembre, fecha que se convertirá en la de su memoria litúrgica.

El itinerario de Martín, desde Panonia hasta Italia y la Galia, revela ya algo de su personalidad. Es un hombre en movimiento, capaz de cruzar fronteras, entrar en contacto con ambientes diversos y llevar su experiencia de fe más allá de su lugar de origen.

2. Un obispo que sigue siendo monje

Uno de los rasgos más innovadores de Martín es su opción por la vida monástica.

El monacato cristiano se había desarrollado sobre todo en Oriente, particularmente en los desiertos de Egipto, Palestina y Siria. Figuras como Antonio Abad y Pacomio habían propuesto formas de vida radicalmente evangélicas, caracterizadas por la renuncia a los bienes, la oración, la ascesis y, en el caso de las comunidades cenobíticas, la vida fraterna.

Estas experiencias empezaban a conocerse también en Occidente, sobre todo gracias a relatos y biografías como la célebre *Vita Antonii*, escrita por Atanasio de Alejandría.

No consta que Martín frecuentara personalmente los monasterios egipcios, pero su experiencia se inscribe claramente en el movimiento ascético que se extendía desde Oriente hacia el mundo latino.

Su relación con Hilario de Poitiers también ejerció una influencia decisiva. El obispo, implicado en las controversias teológicas de su tiempo, era para Martín un referente eclesial y espiritual. A su lado maduró el ideal de una vida enteramente consagrada a Cristo, sin separar la fidelidad a la Iglesia de la exigencia de una conversión personal radical.

En Ligugé, Martín inició su propia experiencia monástica. No se trataba de aplicar una regla ya codificada, como sucedería más tarde con san Benito, sino de una forma de vida nacida de su búsqueda espiritual, abierta a acoger discípulos y profundamente marcada por el ideal evangélico de la pobreza.

Elegido obispo de Tours en 371, pese a su inclinación por la vida retirada, Martín no renunció a ese ideal. Tras un primer período en la iglesia episcopal, fundó en Marmoutier, cerca de Tours, una comunidad monástica en la que siguió viviendo con sus discípulos.

Sulpicio Severo cuenta que la comunidad reunía a unos ochenta hombres, algunos procedentes de familias de elevada posición social. Llevaban una vida austera, fundada en la oración, la puesta en común de los bienes, el trabajo espiritual y la formación.

La novedad no consistía simplemente en que un monje hubiera llegado a ser obispo. Martín mostraba que era posible ejercer la responsabilidad pastoral sin renunciar a la pobreza ni a la sencillez de la vida evangélica.

En una época en que el episcopado ganaba prestigio público, su estilo resultaba insólito y a veces incluso incómodo. No buscaba los honores del cargo, sino la posibilidad de servir a la comunidad. Su autoridad provenía sobre todo de su coherencia personal.

Con Martín toma forma un modelo de obispo monje en el que la contemplación no aparta de la misión, sino que se convierte en su fuente.

3. El hombre y su espiritualidad: el manto compartido

La imagen más conocida de Martín es la del joven soldado que, a las puertas de Amiens, comparte su manto con un pobre aterido de frío.

Según Sulpicio Severo, Martín aún no ha sido bautizado. Atraviesa la ciudad en un día de frío intenso cuando se encuentra con un hombre casi desnudo, al que nadie presta atención. Al no tener otra cosa que ofrecerle, desenvaina la espada, corta en dos su manto militar y entrega una mitad al pobre.

La noche siguiente, cuenta el biógrafo, ve en sueños a Cristo revestido precisamente con esa mitad del manto. El relato da forma concreta a las palabras del Evangelio: «Estaba desnudo y me vestisteis» (Mt 25,36).

Un detalle merece atención. ¿Por qué Martín solo da la mitad del manto?

Una tradición posterior cuenta que el manto pertenecía en parte al ejército romano, o al emperador, y en parte al soldado que lo llevaba. Martín solo habría podido disponer libremente de su propia mitad.

Es una explicación sugerente, pero no está documentada en la fuente más antigua. Sulpicio Severo no afirma que la mitad del manto fuera propiedad imperial. Se limita a decir que Martín lo divide en dos, entrega una parte y conserva la otra para cubrirse.

El sentido fundamental del relato es, por tanto, otro: Martín no da lo que le sobra, sino que comparte lo que él mismo necesita.

El manto se convierte en símbolo de una caridad que nace del encuentro personal y supone una renuncia concreta.

El gesto revela asimismo un rasgo significativo de la espiritualidad de Martín. Descubre a Cristo a través del sufrimiento del otro, antes incluso de haber completado su iniciación cristiana. La caridad no aparece solo como consecuencia de la fe, sino también como camino por el que la fe madura.

Esta sensibilidad lo acompaña durante toda su vida. Las fuentes lo describen como un hombre austero, poco dado a los privilegios, atento a los pobres, constante en la oración y capaz de actuar con valentía.

Es también un hombre de carácter fuerte, a veces enérgico y combativo. Su humildad no es debilidad. Se manifiesta más bien en la libertad de actuar en conciencia, sin dejarse condicionar por el prestigio social ni por la autoridad política.

También conviene leer desde esta perspectiva los numerosos milagros narrados por Sulpicio Severo. Más allá de que puedan verificarse históricamente, dan testimonio de la convicción de que Martín vivía profundamente unido a Cristo y de que su presencia hacía visible la fuerza liberadora del Evangelio.

4. El compromiso misionero: llevar el Evangelio al campo

Si el manto representa la faceta más popular de Martín, su labor misionera constituye probablemente su aportación histórica más importante a la Iglesia de su tiempo.

Como obispo de Tours, Martín no se limita a gobernar la comunidad de la ciudad. Recorre el territorio, visita aldeas, se encuentra con las poblaciones rurales y promueve el nacimiento de comunidades cristianas allí donde el Evangelio todavía es poco conocido.

La Galia del siglo IV presenta una situación religiosa compleja. Mientras el cristianismo se ha ido afianzando en las ciudades, muchas zonas rurales conservan templos, santuarios, cultos locales y tradiciones galorromanas.

Martín comprende que la misión exige una presencia directa, capaz de llegar a las personas en su propio entorno.

Sulpicio Severo relata numerosas iniciativas misioneras, acompañadas a menudo de episodios extraordinarios. Describe la destrucción de lugares de culto paganos, el trato y la confrontación con las poblaciones locales, la predicación y la formación de nuevas comunidades.

Es preciso leer estos testimonios en su contexto. La evangelización del siglo IV se desarrolla a menudo mediante formas de confrontación religiosa que no se corresponden con la sensibilidad actual respecto a la libertad de conciencia y al respeto por otras tradiciones.

El valor de la experiencia de Martín no reside, por tanto, en reproducir todas las formas históricas de su actuación, sino en reconocer su capacidad de ir más allá de los límites de una Iglesia predominantemente urbana.

Martín comprende asimismo que la misión no puede agotarse en una predicación ocasional. Necesita comunidades estables, lugares de culto, personas formadas y una presencia eclesial capaz de acompañar la vida cotidiana.

En este sentido, su obra contribuye significativamente a la progresiva cristianización de las zonas rurales de la Galia.

5. La libertad del Evangelio ante el poder

Otro episodio revela un aspecto importante de su personalidad misionera: el caso de Prisciliano.

En la década del 380, Prisciliano, obispo de la península ibérica, es acusado de herejía y juzgado por la autoridad imperial en Tréveris. El proceso concluye, probablemente en 385 o 386, con su condena a muerte y la de algunos de sus seguidores.

Martín intenta oponerse a la represión sangrienta y a la intervención del poder civil en las controversias religiosas.

No defiende las doctrinas atribuidas a Prisciliano. Se niega a que la disidencia religiosa se castigue con la pena de muerte.

El episodio muestra a un pastor capaz de mantener una postura independiente incluso ante el emperador y los círculos eclesiásticos más influyentes.

Para Martín, la misión no consiste en buscar el favor de los poderosos. Implica también la libertad de defender la dignidad de las personas y de recordar a quienes ejercen el poder cuáles son sus límites.

6. La influencia de Martín en la historia de la Iglesia

La importancia de Martín no se agota en su labor personal. Su figura contribuye a transformar la manera misma de concebir la santidad cristiana.

Durante los primeros siglos, el mártir había sido uno de los modelos más significativos del testimonio evangélico. Martín, en cambio, pertenece a una generación que ya no conoce las grandes persecuciones.

Su santidad no nace de una muerte violenta, sino de una existencia enteramente dedicada a Cristo. Se convierte así en uno de los grandes modelos occidentales del santo *confesor*, que da testimonio de la fe con su vida cotidiana, su caridad, su oración y su servicio a la Iglesia.

Una segunda aportación tiene que ver con el encuentro entre el monacato y el ministerio episcopal. La experiencia de Ligugé y Marmoutier ofrece a Occidente un modelo de vida comunitaria austera, capaz también de formar a hombres destinados a asumir responsabilidades eclesiales.

Por último, la labor misionera en el campo contribuye a modificar la presencia territorial de la Iglesia y favorece el paso de una estructura predominantemente urbana a una red más articulada de comunidades locales.

Tras su muerte en el año 397, el culto a Martín se difunde rápidamente.

Su tumba en Tours se convierte en uno de los grandes centros de peregrinación de Occidente. Durante la época franca, el santo adquiere especial relevancia religiosa y política, hasta convertirse en uno de los principales patronos del reino.

Iglesias, monasterios, aldeas y ciudades son dedicados a su nombre. Su manto, conservado y venerado como reliquia en la tradición franca, se convierte en símbolo de protección religiosa.

También el término *capilla* se ha relacionado tradicionalmente con la pequeña *cappa* de Martín y con el lugar donde se custodiaba.

La difusión de su culto da testimonio de una extraordinaria capacidad para atravesar épocas y culturas. El soldado romano convertido en obispo de la Galia llega a ser un santo conocido y venerado en gran parte de Europa.

6. San Martín en la cultura y las tradiciones populares europeas

La popularidad de Martín no se limita a la historia eclesiástica. Su memoria ha arraigado profundamente en la cultura europea, sobre todo a través de las fiestas del 11 de noviembre.

La fecha de su sepultura coincide con un momento importante del calendario agrícola: el fin de las cosechas otoñales, la preparación para el invierno y, en muchas regiones, el cierre de actividades y acuerdos ligados a la vida rural.

Del encuentro entre el calendario religioso y la cultura campesina nacen tradiciones que aún hoy están muy extendidas.

El veranillo de san Martín

En Italia, como en otros países europeos, se conoce la expresión *veranillo de san Martín*, que designa un posible período de tiempo relativamente templado en torno al 11 de noviembre.

La tradición popular ha relacionado este fenómeno con el gesto del manto, imaginando que el cielo había recompensado la generosidad de Martín con unos días de calor.

Es una leyenda que une el relato cristiano a la percepción de los ritmos de la naturaleza.

El vino nuevo: de Italia a Portugal

Otra tradición muy arraigada tiene que ver con el vino nuevo.

En el Véneto se sigue conociendo el refrán «A San Martin el mosto se fa vin»: por san Martín, el mosto se hace vino. La fiesta coincide con la época en que se empieza a probar el vino de la vendimia de otoño.

Pero la costumbre no es exclusivamente italiana. En Portugal está muy extendido el dicho *«No dia de São Martinho, vai à adega e prova o vinho».* El día de san Martín, ve a la bodega y prueba el vino.

La fiesta portuguesa incluye los tradicionales *magustos*, reuniones populares en las que se comen castañas asadas y se prueba el vino nuevo, a menudo junto con otras bebidas típicas de la cultura rural.

La semejanza entre el refrán véneto y el portugués resulta especialmente interesante. Muestra cómo una misma fiesta cristiana se encontró, en regiones distantes, con prácticas agrícolas y costumbres sociales parecidas.

Martín se convierte así en un referente del calendario campesino europeo, en el que se entrelazan la religión, el trabajo de la tierra y la convivencia festiva.

Farolillos, ocas y dulces

En Alemania, Austria y otras regiones de Europa central, la fiesta de san Martín se caracteriza por las procesiones infantiles con farolillos.

La luz de los farolillos evoca la generosidad del santo y la capacidad de llevar luz a situaciones de oscuridad. La celebración suele incluir una representación del episodio del manto compartido.

En varios países está extendida también la tradición de la oca de san Martín. Según una leyenda tardía, Martín habría intentado esconderse entre las ocas para eludir su elección como obispo, pero las aves lo habrían delatado con sus graznidos.

En Venecia y otras localidades del Véneto, en cambio, se prepara un dulce con la figura de san Martín a caballo, generalmente decorado con glaseado y peladillas.

Son tradiciones muy distintas, pero todas conservan y transmiten la memoria del santo a través de gestos familiares y comunitarios.

San Martín en el arte

También el arte ha desempeñado un papel fundamental en la difusión de su imagen.

El gesto del manto se ha representado innumerables veces, desde las miniaturas medievales hasta los grandes ciclos pictóricos.

Entre las representaciones más célebres se encuentra el ciclo de frescos de Simone Martini en la basílica inferior de San Francisco de Asís.

La imagen del joven soldado que se inclina hacia un pobre conserva una fuerza expresiva inmediata. Incluso sin conocer la historia del santo, se entiende el mensaje de compartir y tener compasión.

Conclusión. San Martín y la misión de la Iglesia hoy

¿Qué puede decir hoy a la Iglesia un obispo que vivió en el siglo IV?

La distancia histórica es enorme. Las condiciones sociales, políticas y religiosas han cambiado profundamente. No sería posible ni oportuno reproducir sin más las formas de evangelización de su tiempo.

Sin embargo, algunas intuiciones de Martín conservan una notable actualidad.

Una misión que nace del encuentro

El gesto del manto ofrece una primera enseñanza fundamental: la misión comienza por saber ver al otro.

Martín se detiene ante una persona a la que todos los demás ignoran. Reconoce una necesidad y responde compartiendo lo que tiene.

Es una imagen elocuente para una Iglesia llamada a no limitarse a organizar sus propias actividades, sino a reconocer los sufrimientos, las esperanzas y las preguntas de las personas.

El anuncio cristiano se hace creíble cuando toma el rostro de la cercanía.

Una Iglesia que llega a quienes están lejos

Martín no se queda en la ciudad episcopal. Recorre el campo, llega a las aldeas y se encuentra con poblaciones al margen de la vida eclesial.

Su iniciativa puede inspirar hoy una presencia misionera capaz de salir de los ámbitos habituales.

Las periferias de hoy no son solo geográficas. Pueden ser culturales, sociales, generacionales y existenciales.

Pensemos en los jóvenes que ya no encuentran en las estructuras eclesiales un lenguaje que les diga algo, en las familias que afrontan nuevas dificultades, en las personas aisladas, en los migrantes, en los lugares de trabajo y en los contextos en los que la referencia cristiana se ha vuelto marginal.

La lección de Martín no consiste en conquistar nuevos espacios, sino en salir al encuentro de las personas, establecer vínculos y compartir experiencias de vida.

Una misión alimentada por la oración

La vida monástica de Martín nos recuerda otro elemento esencial.

La labor pastoral no puede sostenerse solo con programas, estructuras e iniciativas. Necesita una fuente espiritual.

Martín procura reservar un espacio para el silencio y la oración incluso cuando se multiplican sus responsabilidades episcopales.

Su experiencia invita a las comunidades cristianas a preguntarse por la relación entre la actividad y la contemplación, y entre la organización pastoral y la escucha del Evangelio.

Una Iglesia misionera no es necesariamente la que multiplica las iniciativas, sino la que sabe reconocer lo esencial y encontrar en su relación con Cristo la fuerza para servir.

Una misión comunitaria

La experiencia de Marmoutier muestra también que Martín no concibe la vida cristiana como una empresa individual.

A su alrededor se reúnen discípulos que comparten la vida, la oración y la formación.

También hoy la evangelización necesita comunidades en las que la fe pueda vivirse, compartirse y transmitirse.

No bastan los actos ocasionales. Se necesitan relaciones duraderas, espacios de escucha, itinerarios de formación y ambientes en los que las personas puedan experimentar concretamente la fraternidad cristiana.

Una Iglesia libre y creíble

La sencillez personal de Martín, unida a su capacidad de plantar cara al poder, ofrece otra enseñanza.

La credibilidad de la misión depende también del modo en que se ejerce la autoridad eclesial.

La coherencia personal, la sobriedad, la cercanía a la gente y la independencia frente a los intereses políticos y económicos no son aspectos secundarios. Contribuyen a hacer reconocible el mensaje del Evangelio.

La intervención a favor de Prisciliano recuerda además que el testimonio cristiano debe saber defender la dignidad de las personas incluso en situaciones de conflicto.

Una misión auténtica no puede prescindir del respeto a la conciencia, a la libertad religiosa y a la dignidad humana.

Una misión capaz de encontrarse con las culturas

Por último, las numerosas tradiciones populares vinculadas a san Martín muestran que la experiencia cristiana puede dialogar con la cultura, la memoria y la vida cotidiana de los pueblos.

Valorar estas tradiciones no debe reducirse a conservar el pasado por nostalgia.

Puede ser, en cambio, una oportunidad para redescubrir el sentido humano y espiritual de gestos sencillos: compartir la comida, acoger al otro, celebrar juntos y cuidar a los más vulnerables.

Es una manera de evangelizar que parte de la experiencia concreta de las personas y busca sacar a la luz las preguntas de fondo que atraviesan la vida.

Conclusión. San Martín y la Iglesia en salida

Hoy podemos releer la figura de san Martín a la luz de la invitación del papa Francisco a convertirnos en una **«Iglesia en salida»**.

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, Francisco propone una conversión misionera capaz de transformar el estilo, las costumbres y las estructuras eclesiales. La Iglesia está llamada a no replegarse sobre su propia organización, sino a salir al encuentro de las personas, sobre todo de quienes viven en las periferias humanas y sociales.

Aunque pertenece a un contexto histórico muy distinto, Martín parece anticipar algunos rasgos de esta visión.

Es un hombre que deja atrás sus seguridades. Abandona la carrera militar, elige una vida de pobreza, acepta la responsabilidad episcopal y recorre el campo para encontrarse con poblaciones alejadas de la vida cristiana.

Pero es, sobre todo, un hombre que se deja encontrar. Su vida sugiere que la misión no empieza cuando la Iglesia decide hablar a los demás, sino cuando acepta dejarse interpelar por su presencia, sus sufrimientos y sus preguntas.

La *Iglesia en salida* que propone el papa Francisco es también una Iglesia capaz de cercanía, escucha, fraternidad y testimonio.

Martín ofrece una imagen concreta de esta actitud: un obispo que no deja de ser monje, un contemplativo que no elude las responsabilidades pastorales, un evangelizador que llega a las periferias de su tiempo y un hombre de fe que reconoce en el pobre el rostro mismo de Cristo.

El manto compartido se convierte así en mucho más que un episodio edificante. Es el símbolo de un modo de ser Iglesia y de vivir la misión.

Fuentes y bibliografía esencial

Fuentes antiguas

- **Sulpicio Severo**, *Vita sancti Martini*, edición crítica a cargo de Jacques Fontaine, *Sources Chrétiennes*, vols. 133–135, Éditions du Cerf, París, 1967–1969.
- **Sulpicio Severo**, *Dialogi*, *Epistulae* y *Chronica*.
- **Gregorio de Tours**, *De virtutibus sancti Martini* e *Historia Francorum*.
- **Venancio Fortunato**, *Vita sancti Martini*, en verso.

Estudios históricos y hagiográficos

- **Clare Stancliffe**, *St Martin and His Hagiographer: History and Miracle in Sulpicius Severus*, Clarendon Press, Oxford, 1983.
- **Jacques Fontaine**, introducción y comentario histórico-crítico a la *Vie de Saint Martin*, Éditions du Cerf, París, 1967–1969.
- **Rajko Bratož**, *Martin of Tours and His Contacts with Pannonia*, 2006.
- **Danny Praet**, *The Divided Cloak as Redemptio Militiae: Biblical Stylization and Hagiographical Intertextuality in Sulpicius Severus' Vita Martini*, 2016.
- **Sharon Farmer**, *Communities of Saint Martin: Legend and Ritual in Medieval Tours*, Cornell University Press, Ithaca, 1991.
- **Eugen Ewig**, *Le culte de saint Martin à l'époque franque*, en *Revue d'histoire de l'Église de France*, 1961.
- **Enciclopedia Italiana Treccani**, entrada *Martino di Tours, santo*.

P. Manuel João Pereira Correia, MCCJ

11 de noviembre de 2026
Investigación realizada con IA